

Sin embargo, Serafina ya no lo creía así, puesto que no manifestaba tanto disgusto.

Busquemosle á esto una esplicacion.

Si Serafina, desconociendo su valor y el carácter de mi afecto, pudo creerme un instante capaz de burlarme de ella, pronto se convenció de que era imposible esa contradiccion de mis sentimientos con mi conducta. Las mugeres leen mejor en el alma de los hombres, que nosotros en la suya.

Quedóle, sin embargo, un principio de desconfianza, bien fundada hasta cierto punto en mi apatía; además, que siendo ella el objeto casi esclusivo de mis conversaciones, qué sé yo hasta que punto le llegarían desfiguradas mis palabras.

Pero precisamente mi amistad con Lola, el escándalo de mi conducta con ella, la marcada intencion que ponía yo en ciertas acciones para que Serafina se fijara en ellas, le hicieron conocer que tomaba yo á lo serio su desden, que estaba despechado y quería vengarme. Ahora, el desden no ofende al que no ama, ni se venga el que no está ofendido. Luego yo la amaba.

Serafina conoció que sin ser el mas elegante ni el mas rico de Búrgos, era yo el que la amaba con mas pureza y profundidad. Un amor concentrado, constante, tenaz, que no vacila, sino que se amortigua para renacer mas ardiente; un amor de poeta que no tiene ojos, ni voz, ni alma sino para su amada, lisonjea á una muger, por insensible que

XVI.

LAS MASCARAS.

1836.

Desde que Lola partió, mi tristeza fué mayor: tenia una ilusion de mas, pero sus conversaciones me habian amargado el corazon.

En cualquiera parte mi pensamiento estaba con Serafina; á todas horas la veía siempre desdeñosa, ceñuda; pero siempre linda y graciosa..... seductora como un ángel.

Abandonado, abatido, volví á entregarme á ella alma y cuerpo; á rondar su calle á la luz de la luna, á seguirla á la iglesia y al teatro. Pero cosa rara; cuando yo creía verla mas cruel, mas furiosa que nunca, la encontré, si no blanda y condescendiente, tolerante por lo ménos.

¿Después de mi infidelidad aparente no tenia derecho para oborrecerme? No era una confirmacion de lo que le habia dicho su amiga Juliana?

sea. Serafina nunca habia pensado en mí como en su marido, pero mil jardines habrá formado con su amante taciturno, sufrido, tierno, que no se atreve ni à mirarla y suspira en silencio.

Serafina se habia acostumbrado à verme pasar todas las tardes cabizbajo y humilde bajo su balcon, à encontrarme en cualquiera parte à donde volvia los ojos; à recibir el mas completo de los homenajes, à sentir el placer de hacerme sufrir.

Se veia amada como por ningun otro lo sería, y en peligro de perderme una vez, instintivamente se alegró de volver à verme su esclavo absoluto como ántes. Asi pues se limitó à no solicitar mis obsequios, ni ocasionarlos, sino à admitirlos simplemente, à tolerarlos.

Nada podia ó queria pagarme, por eso nada esigia, y solo me daba licencia de amarla sin obligarse à corresponderme.

Fué un convenio tácito en que me declaró su esclavo como la reina mas despótica, haciendome entender que no à mí, sino al cielo que la habia hecho à ella tan hermosa y à mí, tan desdichado, era al que quedaba obligado; no à mí cuyo destino era amarla, y que la habria amado à pesar de mi voluntad.

Tan cierto era esto que admití mi esclavitud sin esperanza como un gran favor.

Ella quedaba libre.... tan libre que tenia otro amante.

A este punto era preciso llegar.

Digo; era preciso que el lector se preguntase alguna vez si yo no tenia zelos, puesto que era muy natural que Serafina, la bella, la seductora, la corajosa de todos, tuviese sus amantes. Sí, los tenia.... y no me causaban zelos.

Algunos hombres habia que por el contrario, amandola y respetandola, aunque siempre ménos que yo, por solo esto se hacian merecedores de mi simpatía, tal vez de mi agradecimiento; y pensando que ellos podrian hacerla dichosa, le rogaba al cielo que les diese constancia, ilusiones y riqueza, para verlos dichosos toda la vida.

Estraña resolucion para un amor vulgar; pero el mio estaba bien léjos de tener por principio el egoismo. Cuando se ama ¿se desea la felicidad propia ó la de la amada? Una y otra, pero si alguna de las dos debe sacrificarse sea la nuestra; y la alegría y la felicidad de la muger y nuestros propios sacrificios serán motivos de placer.

Cuando veia yo à un rico cortejandola, y se comenzaba à hablar de casamiento, mi primer impulso era siempre de furor; pensaba en injuriar à aquel hombre, y matarlo. Pero luego consideraba que él podria con su dinero hacerla mas venturosa, que yo con diez sonetos sublimes todos los dias.

El dinero es la dicha. ¿Què habria sido de nosotros, que habria sido de Serafina à mi lado pobre y despreciada como yo? ¿qué hubiéramos hecho al cabo de unos meses de embriaguez cuando la hu-

biera visto un día sin el lustre de la pureza, sin los encantos de la compostura, con la deformidad de la pobreza y tal vez de la envidia? Tampoco ella vería en mí sino el instrumento de su desgracia, y hubieramos acabado por aborecernos.

Al paso que casada con un rico, la vería yo siempre risueña, siempre brillante; pasaría junto á ella lleno de tristeza, y al considerarla en brazos de otro me desesperaría, pero al cabo dirían—Ella es feliz.... Y lo sería conservando su posición, satisfaciendo sus caprichos, cumpliendo con las leyes del mundo, sin perder por eso la ilusión de un amor tan desinteresado como el mío.

Sí, ella tiene esta ilusión, así lo creo, y solo por ella la amaré toda la vida. Si esta ilusión puede proporcionarle un solo momento de placer, si su pensamiento se detiene un solo instante sobre mí, ¿qué me importan tantos sacrificios? ¿qué es la vida entera para no sacrificarla á la mujer que se adora?... Si ella tiene esa ilusión la conservará... la conservaría á mi pesar, porque no puedo dejar de amarla.

Por el contrario, todo hombre que me parecía indigno de ella, me repugnaba desde que le conocía la menor inclinación.

Un pasaje célebre me hizo conocer cuanto la amaba.

Conocía á uno de esos hombres tan necios, tan corrompidos, tan degradados, que solo sus miradas son capaces de empañar el brillo de un ángel.

Dió en mirarla en el teatro, y hasta en hacerle señas, con toda la grosería y la torpeza de un mal nacido. Lo observé, y se lo advertí con miradas bien significativas. Esto no bastó, y Serafina se mortificaba de tal manera, que llegué á perder mi calma habitual.

Una noche al salir del teatro, el hombre me saludó como de costumbre; yo le respondí en alta voz y en plena concurrencia una injuria.

—Es chanza?—me preguntó él riéndose.

—Es de veras—y añadí otras dos ó tres palabras de mas claro significado que las primeras.

—Hombre!....

—.....

—Nos veremos despues.

—Cuando vd. quiera.—Y lo decía yo con fé, con deseos de reñir.

Pero para que se conozca todo el valor de esta hazaña, es preciso advertir, que yo me dejaré matar ántes que emprender la mas ligera lucha, y que si alguna vez afronto el peligro, nunca lo busco, y aun huyo de él siempre que puedo.

Pasó un día y otro, y el amigo no me pedía razón de aquella injuria. Lo estrañé, pero tuve que conformarme con ver que me habia comprendido. No volvió á levantar los ojos á Serafina, ni á mirarme de frente.

Si ese hombre lo hubiera sido en efecto ¿cuál era mi peligro? Mas por ella todo; y estoy seguro de que en ningun caso me habria arrepentido.

En esta posición precaria viví muchos meses: Teniendo que sacrificarlo todo sin recompensa alguna; que sufrir las pullas de mis amigos, los chismes del pueblo, el desprecio de los amantes favorecidos de Serafina.

Pero así me hallaba tranquilo, casi feliz. Su indiferencia, su tolerancia me hacia concebir una esperanza lejana, una ilusion vaga: al fin habia comprendido mi amor, y aunque sin pagarlo lo admitia.... ¿no era esto demasiado?....

Con esta gota de miel desabrida que alguna vez refrescaba la amargura de mis labios, se calmaron los accesos del furor, y solo quedé sujeto á la languidez de una fiebre lenta y maligna, en cuyos delirios se mezclaban esperanzas efímeras pero risueñas que divertian mis dolores presentes.

Vivia realmente triste y abatido, pero tranquilo en aquella calma sombría y silenciosa, que precede ó termina una tempestad; hasta que un accidente vino á cambiar un tanto la escena.

La hermana de Serafina se casó: fué entregada al marido que la compró, satisfaciendo la mitad de la ambicion de la madre; la mitad nada mas, pues aún quedaba otra hija por casar.

Este hombre era rico y espléndido, pasaba por uno de los cotorones mas elegantes, y en efecto lo era en Búrgos. Ajuaró una cómoda y estensa casa en una de los mejores barrios, compró un par de coches, y las donas hicieron ruido.

Mi cuñada, que así le llamaban mis amigos por burlarme, y así le llamaré por satisfacer un capri-

cho, se presentó en Búrgos con el tren de una marquesa. Entónces Serafina pudo saborear mejor los placeres del lujo que tan cerca veia, comparar su aparente oropel con el verdadero esplendor de su hermana, valorizar la distancia que hay entre un traje acabado á fuerza de economía, y otro que no se pregunta lo que cuesta, sino que se manda hacer á la modista con indiferencia y altanería.

Los primeros dias del matrimonio todavía eran inseparables las hermanas, y la pobre de Serafina, por pasear en un soberbio coche, y llamar la atencion reflejando el brillo de su hermana dejaba percibir su envidia, sus privaciones, y los mil medios misteriosos de que una muger se vale para aparecer lujosa y pródiga, cuando apénas puede vivir con comodidad.

Si mi cuñada llevaba un flamante vestido de terciopelo, Serafina apénas podia lucir uno de gasa ya ajado; si mi cuñada engalanaba su cuello con un collar de diamantes, Serafina apénas podia llevar un aderezo de esmalte ó de corales; si en fin, la una gastaba un abanico de pluma embutido de oro y esmeraldas, mi pobre Serafina apuraba su ingenio para hacer marcar todas las bellezas de un abanico de concha. Mi cuñado compraba ó mandaba hacer todos sus efectos á la modista, al joyero; Serafina tenia que coser dentro de su casa la mayor parte de lo que lucia despues; y las pocas alhajillas que poseia, las habia ganado en una rifa, ó comprado en una almoneda.

¡Cuánto sufría yo por Serafina viendola víctima de sus deseos y su mediocridad!...

Ella, sin embargo, se creía superior al lado de su hermana, cargada de perlas y de blondas, y seguida de un paje con librea.

Aún no era suyo el coche y ya me veía con mas desden que nunca: de indiferente volvió à ser altiva; de circumspecta altanera; me desesperó otra vez con sus gestos de repugnancia y de indignacion,

¿Qué me importa?—decía yo—¿Es feliz? ¿cree que lo es?... Mi dolor será otro placer; y si llego à verla encumbrada hasta el cielo, me contentaré con adorarla.

1837.

El carnaval de 37 llegó alborotando à los muchachos, alegrando à los peluqueros, entristeciendo à los papàs timoratos y à los maridos pobres... llenando de regocijo mi corazón, porque iba à verla cerca de mí, à tutearla, à bailar con ella tal vez, y à oír una palabra ménos dura que sus gestos y sus miradas.

Entre mil máscaras siempre reconocía à Serafina en su cuello de cisne, su cintura de abeja, su talle noble y airoso como el de una palma. Al traves de la careta me quemaban sus ojos, y sus manos enguantadas con primor me provocaban à besarlas.

No sé qué relaciones materiales se habian esta-

blecido entre nuestros cuerpos que sin ver à Serafina adivinaba su presencia en el concurso mas numeroso, y atraído insensiblemente por ella, la hallaba en cualquiera parte, bajo el disfraz mas completo y engañoso.

Fastidié al sastre, acudí à los servicios del peluquero, estudié el modo de atarse la corbata; y una vez en el año gasté dos horas en el tocador para estar tan elegante y bien plantado como el pisaverde mas pulido.

Entré en la sala la primera noche con tanta confianza en mi amor como en mi compostura.

Serafina estaba sentada al lado de otra enmascarada en un sofá. Despues de haber alisado mis guantes, estirado el chaleco y enderezado los cuellos de la camisa, entré arrogante y temeroso, me acerqué à ella; y recargandome en el brazo del sofá le dije con lu dulzura mas cómica:

—¿Mascarita?

—¿Qué quieres?—contestó ella en su voz natural agriada por el enojo, y retirando el hombro como temiendo que lo tocase mi brazo.

—¿Tendré el placer de bailar contigo?

—Qué sé yo: tengo mil compromisos.

—¿Tantos que me hagas perder la esperanza?

—Verémos.... Tal vez luego.

—¿Luego?..... ¿Cuándo?

—He dicho que no sé..... veré....—y se volteó enfadada recogiendo la falda del vestido que toca-

ba à mis piés, metidos en unas famosas botas de charol.

No quise molestarla mas, y me alejé protestándole volver.

—Sí; luego, luego... —me dijo desdeñosamente.

No habia yo andado cinco pasos, cuando ví unos brazos mórbidos, un cuello torneado, un talle airoso, un porte y un traje aristocráticos. Era fuerza detenerme á verlos un momento.

—¿Me conoces? —me preguntó la enmascarada.

Pregunta ménos nécia, que el-ya te conozo — que á los que están sin careta dicen los enmascarados.

—No —le respondí á secas.

—Yo á tí sí.

—No es imposible.

—¿Estás de mal humor?

—Sí.

—¿Por Serafina?

—Sí.

—¿La amas de veras?

—Sí.

—¿No has bailado con ella?

—No.

—Que lacónico estás.

—Sí.

—¿Tienes compañera para esta contradanza?

Ya era imposible no caer de mi asno y le respondí:

—Si tu quisieras....

—Sí.

—Adelante. Dame el brazo y pasearémos mientras se baila.

¡Qué diablo! me habia puesto tan de mal humor el semi-desaire de Serafina, que aquella enmascarada, con toda su hermosura me pesaba en el brazo, y no la volví á sentar pronto, por no faltar á la urbanidad. Además que aquello era para mi fiel platonismo una infidelidad; y hasta procuré pasear por donde no pudiese verme Serafina. ¿Qué caso haria ella de mí, rodeada de veinte leones que la deslumbraban adulandola? Pero yo reconocia el deber en mi corazon, y procuraba respetarlo en cuanto lo permitia mi posicion.

En la contradanza veniamos à encontrarnos con Serafina; mas en cuanto nos vió y estuvo cerca, se volvió tomando una direccion contraria.

—Parece que no desea mucho tu compañía — me dijo mi dominó azul.

—No en efecto.

—¡Y te irias á entristecer por eso!

—Tal vez.

—Advierte que es una descortesía esa respuesta teniendome à tu lado.

—Es verdad: perdona.

—No quiero perdonar sino alegrarte.

—Te lo agradezco.... ¿Y quién eres que tanto te interesas en mis negocios?

—¿Qué te importa?.... ¿Te he dado algun pisoton bailando? ¿está ridículo mi traje? ¿te fastidia mi charla?.....

—No.....

—¿Te soy en fin, molesta ó pesada de algun modo?

—No; al contrario.

—Entónces, ¿qué te importa lo demas? De una máscara no se puede escigir otra cosa que buena conversacion; y yo te doy algo mas.

—Mientras no sepa tu nombre.

—No lo sabrás.

—¿Por qué?

—A lo ménos ahora.

—¿Pues cuándo?

—Luego, despues.... mañana.....

—¿Y por qué no ahora?

—Para que conserves tu ilusion. Me estás creyendo jóven y bonita: tus ojos pretenden indagarlo, y si me vieras que soy cotorróna.... así nos dicen á las viejas frescas.

—Te estás chanceando.

—No, que es la verdad.... Vamos.... baila y diviertete.

Maldita la gana que tenia yo de conversar con aquella máscara; y en cuanto la contradanza terminó la dejé en un asiento y me fuí á buscar á Serafina paraseguirle rogando.

—Vea vd.—me dijo al fin—para evitarnos molestias sepa que esta noche no puedo bailar con vd.

—¿Cuándo será?

—No sé: tal vez mañana.

—¿Las primeras cuadrillas?

—No me comprometo.

—¿Pero algo?.....

—Sí, algo... puede que sí... Hasta mañana—añadió despidiendome, al ver que aún continuaba parado con intencion de hacerle una réplica.

Me habia yo quedado casualmente con el pañuelo del dominó azul, y la busqué para devolversele. Al acercarme me dijo:

—Ya te ví, pero al cabo nada conseguirás.

—¿De qué?

—De bailar con Serafina. ¿No ves que ahora está llena de cortesanos ricos, haciendo con ellos la reina desdeñosa? Tú junto á esos no vales nada á sus ojos, y te ha de hacer un desaire cada vez que le hables.

—¿Por qué?

—Y á fé que hace mal: un muchacho como tú es apreciable... todas las jóvenes debian amarlo....

La lisonja es tan atractiva que luego me dejé prender en el anzuelo, y concebí los mas vivos deseos de saber quien era esta muger.

—Digo, mascarita; ¿me conoces?

—¿Quien no te conoce en Búrgos?... Cortejante de las cómicas, poeta, filósofo, reformador.....

—¿Eres de mis amigas, ó de mis conocidas?

—No tengo esa fortuna.

—¿Te he visto, te he hablado en alguna parte?

—En mi casa una vez.

—¿Donde vives?

—En tal caso, mejor me quitaria la careta....